

**SAN JUAN PABLO II**

# **“SAN JUAN PABLO II” ENCÍCLICA**

**[www.eresbautizado.com](http://www.eresbautizado.com)**

**<https://www.facebook.com/eresbautizado>**

**Primera Edición**

**Julio 2015**

**5,000 Ejemplares**

La Iglesia vive de la Eucaristía. Esta verdad no expresa solamente una experiencia cotidiana de fe, sino que encierra en síntesis el núcleo del misterio de la Iglesia. Ésta experimenta con alegría cómo se realiza continuamente, en múltiples formas, la promesa del Señor: “He aquí que Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” en la sagrada Eucaristía, por la transformación del pan y el vino en el Cuerpo y en la Sangre del Señor, se alegra de esta presencia con una intensidad única. Desde que, en Pentecostés, la Iglesia, Pueblo de la Nueva Alianza, ha empezado su peregrinación hacia la patria celeste, este divino Sacramento ha marcado sus días, llenándolos de confiada esperanza.



El Concilio Vaticano II enseña que el Sacrificio eucarístico es “fuente y cima de toda la vida cristiana”. La sagrada Eucaristía, en efecto, contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua y Pan de vida, que da la Vida a los hombres por medio del Espíritu Santo. Por lo tanto la mirada de la Iglesia se dirige continuamente a su Señor, presente en el Sacramento del altar, en el cual descubre la plena manifestación de su inmenso amor.



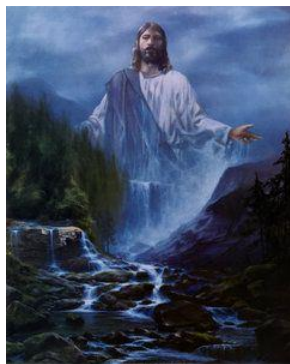
El Cenáculo es el lugar de la institución de este Santísimo Sacramento. Allí Cristo tomó en sus manos el pan, lo partió y lo dio a los Discípulos diciendo: “Tomad y comed todos de él, porque esto es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros” Después, tomó en sus manos el cáliz del vino y les dijo: “Tomad y bebed todos de él, porque éste es el

cáliz de mi sangre, sangre de la alianza nueva y eterna, que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados”



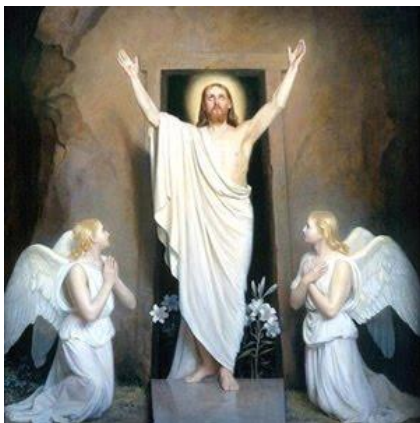
Del misterio Pascual nace la Iglesia. Precisamente por eso la Eucaristía, que es el sacramento por excelencia del misterio Pascual, está en el centro de la vida Eclesial. Se puede observar esto ya desde las primeras imágenes de la Iglesia que nos ofrecen los Hechos de los Apóstoles. Acudían asiduamente a la enseñanza de los Apóstoles, a la Comunión, a la fracción del Pan y a las oraciones, fracción del Pan,

evoca la Eucaristía. Después de dos mil años seguimos reproduciendo aquella imagen primigenia de la Iglesia. Y, mientras lo hacemos en la celebración eucarística, los ojos del alma se dirigen al Triduo Pascual: a lo que ocurrió la tarde del Jueves Santo, durante la Última Cena y después de ella. La institución de la Eucaristía, en efecto, anticipaba sacramentalmente los acontecimientos que tendrían lugar poco más tarde, a partir de la agonía en Getsemaní. Vemos a Jesús que sale del Cenáculo, baja con los discípulos, atraviesa el arroyo Cedrón y llega al Huerto de los Olivos. En aquél huerto quedan aún hoy algunos árboles de olivo muy antiguos.



Fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos. A las palabras de la profesión de fe hacen eco las palabras de la contemplación y la proclamación. Ésta es la invitación que la Iglesia hace a todos en la tarde del Viernes Santo. Y hará de nuevo uso del canto durante el tiempo Pascual para proclamar: “Aleluya”.

¡Misterio de la fe! Cuando el sacerdote pronuncia o canta estas palabras, los presentes aclaman: “Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ¡Ven Señor Jesús!



Con éstas o parecidas palabras, la Iglesia, a la vez que se refiere a Cristo en el misterio de su Pasión, revela también su propio misterio: Ecclesia de Eucaristia. Si con el Don del Espíritu Santo en Pentecostés la Iglesia nace y se encamina por las vías del mundo, un momento decisivo de su formación es ciertamente la Institución de la Eucaristía en el Cenáculo, pero éste está como incluido, anticipado y concentrado para siempre en el Don Eucarístico.





Este pensamiento nos lleva a sentimientos de gran asombro y gratitud. El acontecimiento Pascual y la Eucaristía que lo actualiza a lo largo de los siglos tienen una capacidad verdaderamente enorme, en la que entra toda la historia como destinataria de la gracia de la redención. Este asombro ha de inundar siempre a la Iglesia, reunida en la celebración eucarística. Pero, de modo especial, debe acompañar al misterio de la Eucaristía. En efecto, es él quien, gracias a la facultad concedida por el Sacramento del Orden Sacerdotal, realiza la Consagración. Con la potestad que le viene del Cristo del Cenáculo, dice: “Esto es mi cuerpo, que será entregado por vosotros... Éste es el cáliz de mi sangre, que será derramada por vosotros”.





El Sacerdote pronuncia estas palabras o, más bien, pone su boca y su voz a disposición de Aquél que las pronunció en el Cenáculo y quiso que fueran repetidas de generación en generación por todos los que en la Iglesia participan ministerialmente de

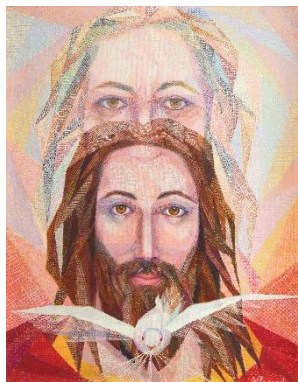
su sacerdocio.

Estos escenarios tan variados de mis celebraciones eucarísticas, me hacen experimentar intensamente su carácter universal y, por así decir, cósmico. Sí cósmico, porque también cuando se celebra sobre el pequeño altar de una Iglesia en el campo, la

Eucaristía, se celebra, en cierto sentido, sobre el Altar del mundo. Ella une el cielo y la tierra. Abarca e impregna toda la creación. El Hijo de Dios se ha hecho hombre, para conducir todo lo creado, en un supremo acto de alabanza, a Aquél que lo hizo de la nada. De este modo, Él, el sumo y eterno Sacerdote, entrando en el Santuario eterno mediante la sangre de su Cruz, devuelve al Creador y Padre toda la creación redimida. Lo hace a través del Ministerio Sacerdotal de la Iglesia y para la gloria de la Santísima Trinidad. Verdaderamente, éste es el Misterio que se realiza en la Eucaristía: el mundo nacido de las manos de Dios creador retorna a Él redimido por Cristo.



Hace pocos años, he celebrado el cincuentenario de mi sacerdocio. Hoy experimento la gracia de ofrecer a la Iglesia esta Encíclica sobre la Eucaristía, en el Jueves Santo de mi vigésimo quinto año de ministerio Petrino. Lo hago con el corazón henchido de gratitud. Desde hace más de medio siglo, cada día, a partir de aquel dos de noviembre de 1946, en que celebré mi primera Misa en la cripta de San Leonardo de la catedral de Wawel en Cracovia, mis ojos se han fijado en la hostia y el cáliz en los que, en cierto modo, el tiempo y el espacio se han concentrado y se ha representado de manera viviente el drama de Gólgota, desvelando su misteriosa contemporaneidad.



Cada día mi fe ha podido reconocer en el Pan y en Vino consagrados al divino Caminante que un día se puso al lado de los discípulos de Emaús para abrirles los ojos a la luz, y el corazón a la esperanza.

Dejadme, mis queridos hermanos y hermanas, que con íntima emoción, en vuestra compañía y para confortar vuestra fe, os dé testimonio de fe en la Santísima Eucaristía.

Aquí está el tesoro de la Iglesia, el corazón del mundo, la prenda del fin al que todo hombre, aunque sea inconscientemente, aspira. Misterio grande, que ciertamente nos supera y pone a dura prueba la capacidad de nuestra mente de ir más allá de las apariencias. Aquí fallan nuestros sentidos, pero nos basta sólo la fe, enraizada en las palabras de Cristo y que los Apóstoles nos han transmitido. Dejadme que, como Pedro al final del discurso eucarístico en el Evangelio de Juan, yo le repita a Cristo, en nombre de toda la Iglesia y en nombre de todos vosotros “Señor, Tú tienes palabras de vida

eterna". La Eucaristía se manifiesta, pues, como culminación de todos los Sacramentos, en cuanto lleva a la perfección la comunión con Dios Padre, mediante la identificación con el Hijo Unigénito, por obra del Espíritu Santo. Un insigne escritor de la tradición bizantina expresó esta verdad con agudeza de fe: en la Eucaristía, con preferencia respecto a los otros sacramentos, el misterio de la Comunión, es tan perfecto que conduce a la cúspide de todos los bienes: en ella culmina todo deseo humano, porque aquí llegamos a Dios y Dios se une con nosotros, con la unión más perfecta, precisamente por eso, es conveniente cultivar en el ánimo es deseo constante del Sacramento eucarístico. De aquí ha nacido la práctica de la comunión espiritual, felizmente difundida.



# ORACIÓN

Pidámosle a San Juan Pablo II, el que ya experimentó la Resurrección y la ascensión al Padre, que por su Santidad y comportamiento en la tierra, ahora disfruta de la Vida eterna acompañado por Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, además por sus Apóstoles, ángeles y miles de católicos que han hecho bien su misión, nos alcance el gozo de la felicidad eterna.

Pidámosle a Él que está cerca de Dios, que interceda por nosotros para alcanzar la Vida Eterna que nos ilumine y nos bendiga. Amén.



**JUAN**



**PABLO II**

